

Frente libertario

Madrid, 17 diciembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111.

NUMERO 656

PARA LOGRAR LA VICTORIA

Necesitamos espíritu de combate en el frente y en la retaguardia

Fallaron todas las predicciones de quienes, basándose en la atrocidad, en la desolación que producen las guerras modernas, vaticinaron que éstas serían siempre de corta duración. Si los medios de combate se han hecho mil y mil veces más potentes de lo que eran hace tan sólo pocos siglos; si la guerra moderna causa destrozos sin cuento e inmolta por millares, por millones a las personas, y esto, no sólo a los combatientes, sino también a las que viven en las retaguardias más alejadas de ellos, no se deduce de esto la consecuencia de que ha de tratarse de contiendas breves. Buena prueba de ello son los cuatro años largos que duró la guerra europea, y, refrendando nuestra opinión, los treinta meses que está durando la nuestra. Sin temor a dudas puede afirmarse que no es la guerra moderna una guerra breve; que su duración sigue siendo factor elemental en la decisión de la victoria, y que cuando ésta no se produce de una manera fulminante, la guerra se prolonga y ya sólo puede terminar por agotamiento de una de las partes en lucha.

Pues bien: si el agotamiento es factor esencial para decidir la contienda, y si nuestra guerra reúne todos los requisitos que la incluyen dentro de la más despiadada y más moderna de las guerras que el mundo ha conocido, es evidente que debemos tener ese factor muy en cuenta; de la medida en que así lo hagamos aumentarán o disminuirán nuestras posibilidades de victoria. Y si el agotamiento se considera, como de hecho es, factor decisivo, hemos de llegar a la conclusión de que la retaguardia, su actitud, su estilo, tiene también carácter decisivo en la guerra y actúa de una manera directa en que la victoria corone nuestro esfuerzo o la derrota rubrique nuestra falta de capacidad de resistencia.

LA GUERRA MODERNA LA GANA LA RETAGUARDIA. ES LA RETAGUARDIA LA QUE GANARÁ LA GUERRA ESPAÑOLA. Esta afirmación debe servirnos ya de una vez para siempre para orientar nuestro pensamiento en torno a la lucha que se desarrolla en nuestro país. Y el ejemplo claro nos lo suministra la guerra europea. En ella la paz sólo se firmó, sólo se declararon vencidos los alemanes, cuando les falló su retaguardia. Sus frentes continuaban en condiciones de poder seguir resistiendo, sus soldados estaban dispuestos a continuar en las trincheras; era esto algo que consideraban como una calamidad inevitable, porque en ellos ya se había hecho el espíritu de las trincheras y había calado sus espíritus, hasta el tuétano, el sentido de la disciplina rigidamente militar. Los frentes alemanes estuvieron en pie hasta el día, hasta la hora misma del armisticio; pero su retaguardia se había desmoronado forzando a los kaiseristas a aceptar la derrota. La retaguardia decidió la guerra europea; cuando se agotó la retaguardia se terminó la guerra. Esta lección no debemos olvidarla jamás; siem-

pre debe estar presente en el cerebro de todos los buenos antifascistas españoles el final de la guerra europea; y de ese final debemos sacar las enseñanzas pertinentes, para amoldar a ellas nuestra conducta, nuestra actuación y nuestro pensamiento.

Hace ya meses uno de los políticos españoles más sagaces, y conste que milita en idearios apartados del nuestro, vió ya claro en esta cuestión y hubo de pronunciar unas palabras que anunciaron ya las que ahora escribimos: "ganará la guerra quien tenga la retaguardia más sana". Y si esto es así, si la victoria hay que ganarla en las ciudades y en los campos que se

encuentran fuera de las zonas de guerra propiamente dichas, todos estamos en la obligación ineludible de cuidar la moral y el espíritu de la retaguardia, con el mismo celo y el mismo interés con que se cuida la moral de los combatientes y el estilo espiritual de nuestras vanguardias.

Pues bien: esta labor de sanidad en la retaguardia corresponde por igual a las autoridades que al pueblo antifascista; contra los enemigos abiertos del régimen laboran los organismos policiales con una eficacia segura y cierta; pero hay, además, una serie de enemigos encubiertos contra los cuales hay que actuar, haciéndolo de una manera firme y decidida; y esto sólo es posible con el concurso de todos los ciudadanos. A todos nos corresponde la labor depuradora; todos debemos considerarnos igualmente obligados a esa colaboración que es siempre beneficiosa para nuestros anhelos y que hará triunfar a nuestra causa; en nin-

gún sitio debe arraigar el desánimo, ni la indiferencia debe apoderarse de nadie que aspire a ser digno de la trascendencia de las horas que atravesamos. Así, sólo así, confirmaremos con nuestros actos nuestra calidad antifascista; así, sólo así, seremos auténticos colaboradores de la victoria.



Hemos quedado en llamar antifascista a todo el que lucha contra el poder absorbente del absolutismo, contra todo lo que signifique opresión y tiranía.

En consecuencia, llamamos antifascista a todos los que en la España leal ponen a contribución sus facultades para arrojar del suelo patrio a los invasores y castigar la traición de los sublevados contra el Gobierno legítimo de la Nación.

Ahora bien, no podemos llamar antifascista, de ninguna manera, al que usa y abusa de algún cargo concedido, creándose una situación de privilegio.

No podemos llamar antifascista al elemento que hemos conocido antes de la guerra en un plan de explotador sin entrañas y ahora pretende borrar su pasado con un llamante carnet que le permite una vida tranquila.

No podemos llamar antifascista al que, aprovechándose de la guerra, lleva una vida de regalo, incompatible con la austeridad de la guerra, e insultante para los que sufren privaciones.

No podemos llamar antifascistas a los que, acogiéndose a protecciones, siempre interesadas, se acomodan en puestos exentos de peligro, las más veces inútiles, pero que sirven para ellos justificar su cobardía y la complacencia del protector.

No podemos llamar antifascista al que usa medios de transporte para su conveniencia particular, robándolos al servicio de la lucha contra la invasión.

No podemos llamar antifascista al que, cerrando los ojos y los oídos a las penalidades de la guerra, pierde su tiempo en frivolidades y regalo.

No podemos llamar antifascista al que, poniendo por encima de la lucha liberadora sus ideas particulares, siembra la discordia entre los defensores de la Libertad.

Para nosotros no hay más antifascistas que los que en todo tiempo, y más especialmente ahora, llevan una vida digna de austeridad, honradez y sacrificio.

FRANCIA DURANTE LOS DOS ULTIMOS AÑOS

Del Frente Popular, al Gobierno de Unión Nacional

El "Daily Herald", órgano de los laboristas ingleses, informa bajo el título "A. B. C. to France" sobre el problema político de Francia.

Empieza diciendo que Francia es el país de las crisis políticas, las cuales, son superficiales en su mayoría. Fundamentales fuerzas políticas y económicas están en juego. La crisis se ha profundizado hasta tal punto que, incluso los que están acostumbrados a estos espectáculos, se sienten sorprendidos.

Por lo tanto, es interesante resumir el último período de la política francesa. Esta empieza en los meses de abril-mayo 1936 con la elección del Gobierno del Frente Popular. Los treinta y un meses transcurridos desde entonces se dividen en tres, bien marcadas, etapas.

Primero hubo crecimiento del Frente Popular. Fue éste el período del Gobierno León Blum. Tratados colectivos se establecieron; la semana de 40 horas adquirió carácter legal, introduciéndose las vacaciones pagadas. Pero expresamente cuando se creyó más fuerte el Frente Popular, el período ascendiente terminaba.

En marzo de 1937, después de casi un año de propaganda, empezó el segundo período. León Blum le llamaba el período de "suspensión". Fue ésta una etapa durante la cual no se emprendió ulteriores avances legislativos. Fue más bien un período de consolidación de las reformas, resolviéndose varios problemas que ellas habían causado. Un período de crecientes discrepancias en el Frente Popular, de crisis gubernamentales y de desasosiego general. La presidencia cambiaba —de Blum a Chautemps—, volviendo a parar a manos de Blum.

La tercera etapa se abre con la presidencia de Daladier en el mes de abril del año presente. Se trata de un período de disgregación del Frente Popular y del retiro del nuevo plan.

La crisis actual se deberá particularmente a la decisión del Gobierno Daladier de abolir la semana de cuarenta horas. En suma, no es ésta una historia feliz. Va por lo tanto, algo más en lo que respecta a la política económica del Frente Popular. Desde que el Frente Popular se apoderó del Poder subió el coste de la vida en un 20 por 100. Se produce todavía un 20 por 100 menos que en el año 1928, mientras que en Alemania y en Inglaterra se produce un 20 por 100 más.

Blum cree que el planteamiento económico estatal de tipo socialista ha de resolver el problema, defendiendo así y llevando al éxito la política del Frente Popular.

Pero no han sido incluidas medidas de planteamiento socialista en el programa del Frente Popular. Cuando Blum pidió éstas, el Senado le respondió negativamente y los radicalesocialistas no quieren conceder el apoyo necesario para sostener el Frente Popular.

Y ahora buscan los radical-socialistas una solución del problema de la producción mediante un nuevo programa que destruya grandes partes del nuevo Plan y que se parece mucho al presupuesto de Snowden en 1931

S. I. P. F. A. I.

El caso Spaak

Estábamos por decir que el amor propio es un sentimiento burgués. Y por supuesto, contrarrevolucionario. El amor propio se confunde muchas veces con el orgullo, porque rara vez constituye una virtud preciada, una calificación de carácter, una prueba de entereza, una muestra de dignidad. Por eso un buen trabajador revolucionario no tiene amor propio. El amor propio es el comodín de los apóstatas. Quien siente herido su amor propio descubre una vanidad extremada, porque no fía a su razón, a su verdad, a su virtud, el convencimiento de los demás y quiere obtenerlo por sostenerse en el error.

Veamos el caso de Spaak. Como él se han dado muchos en la Historia. No sabemos si cuando ocurrieron hubo almas cándidas que los alentaron a sostener el error, es decir, su amor propio, ni siquiera si hubo alguno que los denominara "estadistas geniales". Creemos que sí, porque sandios no han faltado en ninguna época ni conformistas tampoco. Lo cierto es que Spaak es un caso, más que nada porque se produce en instantes muy azarosos de la Historia de Europa y el tiempo, con su tiranía, pone a hombres de orden inferior en primeros planos. Spaak se llamaba socialista. Se lo creyeron los trabajadores belgas, le hicieron su líder y lo elevaron a las más altas categorías gubernamentales. Gobernaba en coalición con otras fuerzas y no podía pretender implantar el socialismo, lo que de ningún modo quería decir que viviera prisionero de las ideas de los demás. Bueno que cediera de su ideario, pero no que se pasara al de los enemigos del proletariado belga.

Se daban dos intereses contrapuestos en el Gobierno: el de los trabajadores y el de los capitalistas. Presidiéndolo un socialista, la elección no era dudosa. Pues Spaak, para demostrar a una burguesía belga que les va mejor con un presidente socialista, se decidió por los intereses capitalistas y pidió a un Congreso de su Partido que aprobara su política internacional, que arrancaba en el envío de un agente comercial a Burgos. Tuvo el Partido un momento de vacilación, pero pronto se recobró y derrotó las aspiraciones de Spaak. Las derrotó por una mayoría abrumadora, que tuvo la misma expresión en el Congreso del Partido que en la Cámara de diputados.

Triunfó la política de Spaak en la Cámara gracias al voto de los fascistas belgas y de todos los reaccionarios. Otra votación reaccionaria estimuló desde el Senado el amor propio de Spaak. Y Spaak aceptó esas mayorías, no tasó su precio y sigue gobernando. ¿En socialista? Degrelle, el jefe fascista que dió sus votos a Spaak, mientras sonreía a Hitler, podría contestarnos. Como podría contestarnos el lamentable amor propio de Spaak, que responde a la votación adversa de su Partido y de los diputados socialistas, con un gesto olímpico que es todo un poema.

Spaak ya no es socialista, ni lo fue nunca. Padece un ataque de socialismo, del que se curó apenas arribó al Poder. Hoy es un apóstata, aunque se llame jefe del Gobierno. Ha traicionado a su Partido, no tiene inconveniente en escindirlos, burla los intereses del proletariado belga, y todo ello lo cambia por unos votos fascistas y un agente comercial en Burgos.

do lo que es— seguir dirigiendo el Gobierno. ¿Dirigiendo? Ni cuando aceptó el envío de un agente comercial a Burgos, ni ahora, ni nunca, dirigirá él. Spaak quiere hacer creer a los demás que dirige, cuando en realidad ni siquiera transige, porque eso equivaldría a tomar parte en la discusión.

Quedamos, pues, en que Spaak, ni es "un estadista genial", ni es un hombre con amor propio que no quiere ceder el Gobierno a la reacción. Es, en todo caso y simplemente, un apóstata.

PELICULAS CORTAS

"Palabrilas"

En el Hogar Escuela, donde la C. N. T. cultiva un plantel de inteligencias jóvenes, se vienen celebrando los exámenes cuatrimestrales que ponen digno remate a los cursillos de preparación agronómica. Junto a las calificaciones --frutos lozanos de un aprendizaje práctico y ejemplar-- están los premios. Y esto, no son otra cosa --ponemos a un lado el estímulo del deber cumplido-- que una serie de conferencias didácticas a cargos de elementos destacados de nuestro movimiento libertario. Conferencias, que los muchachos escuchan con deleite y con satisfacción. Siembra a voleo, de una buena cosecha de ideas salvadoras. En turno riguroso, le ha correspondido hoy hablar a un periodista confederal. Su voz, llena de experiencia aleccionadora, timbrada en el acorde rítmico de un talento espléndido, puesto siempre al servicio de la causa de la justicia y de la razón, ha sonado en el augusto silencio de la expectación escolar, como buena nueva, como chorro de agua cristalina, dispuesta para la mejor ablución del espíritu. Y han sido sus palabras, engarzadas en el fervor a los sembradores de las ideas anarquistas, un verdadero compendio histórico de la realidad del movimiento libertario español desde sus orígenes, hasta nuestros días de lucha, de gloria y de esperanzas. Apenas, Eduardo de Guzman ha puesto fin a su admirable conferencia, los alumnos --sueltas las amarras de su curiosidad y de su fina percepción-- han irrumpido entre sí, en discusiones polémicas, de un alto sentido de la comprensión, tamizando a su distinto entender, todo el valor expresivo y aleccionador de las palabras escuchadas. Y ha sido entonces, cuando uno de los escolares --"Palabrilas", un chavalote fuerte y rudo que hace honor al cariñoso remoquete con que le obsequian sus fraternales compañeros, porque en él se conjunta frente al alegre desenfadado, su ansia de saber y su espléndida voluntad-- ha puesto paño al púlpito de su singular gracejo, entresacando de la reciente lección, con una espontánea singularidad, una de las más acabadas biografías del precursor del anarquismo español, Anselmo Lorenzo. Ofrenda sencilla, humilde y elocuente. Las palabras del alumno, al calor in-

mediato de la oración cálida del maestro, tienen todo el mérito de la obra fecunda. En el terreno abonado de la nueva generación que prepara nuestra guerra, las ideas de redención florecen en cosecha ubérrima, como en este sencillo episodio escolar, donde "Palabrilas", el muchachote todo corazón y sentimiento, se adelanta en un primer plano de nuestra diaria película, como algo que nos mueve a reflexión. De aquellos maestros, sólo son posibles estos retoños.

Y el motor de la superación sigue con su revoluciones imprimiendo carácter y dinamismo a obras de este perfil liberador, como esa que sintetiza el Hogar Escuela, donde la C. N. T. cuida de cultivar a diario, con paciencia de evangélico apostolado, ese plantel de inteligencias jóvenes.

"Palabrilas", tiene la palabra.



El irredentismo italiano, en réplica a Francia, lo recoge La tribuna. Y Chamberlain contentándose con las excusas de Ciano

La carta de Bismarck a Mazzini, exhumada por "Il Giornale d'Italia" hace tres meses, y comentada en nuestro fraternal "Castilla Libre" sigue siendo de una actualidad palpitante. Allí, en esa exhumación, extemporánea para la mayoría, puesto que ni siquiera un leve comentario mereció a la Prensa española ni a la extranjera, hablaba el "Canciller de Hierro", preparando los peones para caer sobre Francia, de que Italia mientras Túnez estuviera en manos francesas, así como la Niza, la Saboya y Córcega, no podía mantener buenas relaciones con el Gobierno de París. Por esta época --1868-- Bismarck planeaba la invasión sobre Francia, como aconteció dos años después, con la rota vergonzosa de Sedán. Y, en efecto, "Il Giornale d'Italia" volvió a airear la célebre epístola para luego ser el órgano oficial del Ministerio de Negocios Extranjeros, "Informazioni Internazionali" el que recogía estas aspiraciones italianas, dándole estado oficial. Todo este proceso, inofensivo al principio, tenía en su intencionalidad una meta: París. El "duce", primera figura en la política europea hasta el 10 de abril, fecha de la desaparición de Austria, pasaba a ocupar un segundo plano en la cuestión internacional. La especulación del Brenner ya no podía explotarse junto al Sena, puesto que "el impulso ideal irresistible" de la nueva Alemania había derribado el tinglado de la Europa Central; pero como el "duce" no puede quedar en un segundo plano; como no puede asistir al drama de nuestro tiempo representando un papel secundario, quiere realizar el sueño imperial de la italianización del Mediterráneo, exactamente

igual que Hitler realizó la germanización de la Europa Central, poniéndose en camino de enfundar a los Estados del Danubio, camino del Mar Negro. Y ahí está el principio de esa realización italiana, con vistas a una lucha ulterior. Túnez es una base de la hegemonía mediterránea, como lo es Córcega, mientras la Niza y la Saboya es perán el momento en que los dos traidores especulen con el problema alsaciano y el saboyano, planteando Francia --Inglaterra pierde el sueño en Palestina y en la India, donde Gaudhi ya tiene sucesores menos "románticos" que él, como Nerhu-- tan vicioso problema.

Con todos estos peligros rondando en torno a Francia, mayormente, luego de los retrocesos inconmensurables que significan la entrega de Etiopía con el reconocimiento imperial italiano --humillación no menos vergonzosa para Francia e Inglaterra-- los periódicos fascistas, dejando en ridículo a Chamberlain, que salió del paso e los Comunes con las aclaraciones a las manifestaciones de la Cámara italiana de los estudiantes, de los periodistas, de la calle, afirmando que el Gobierno italiano no era responsable de tales manifestaciones, dicen aquellos montones de la Prensa italiana que "es ilconsciente y desconsiderada la afirmación de que Francia no cederá nunca a Italia ni una pulgada de su territorio".

Chamberlain otra vez queda al desnudo, como le viene ocurriendo desde hace dos años largos: El irredentismo italiano es obra del propio Gobierno fascista, puesto que en Italia no ha más que una voz y un mismo pensamiento, y ahora es "La Tribuna" que dice, en réplica a las manifestaciones de la Prensa francesa, que es ilconocer al pueblo italiano el creer que la amenaza de un conflicto armado pueda inducirle a renunciar a reivindicaciones "que han de ser satisfechas necesariamente".

El mentís a Chamberlain no puede ser más rotundo: Italia quiere señorear el Mediterráneo, como Hitler señorea la Europa Central, y con el reconocimiento de Inglaterra, en perjuicio de Francia, cada día más cercada por Alemania, porque así lo quiso ese hombre sin visión política ni sentido del deber, negando constantemente lo que los hechos luego se encargan de confirmar, poniéndole a la altura de cualquier esquirol del Támesis.

El proletariado y los comienzos del moderno movimiento obrero

(Continuación.)

En 1812, las organizaciones laboristas secretas mantuvieron una huelga general de los tejedores de Glasgow. En los años siguientes toda la Inglaterra del norte estuvo constantemente agitada por las huelgas y el malestar que se sentía entre los trabajadores, movimientos que culminaron en la gran huelga de hiladores y tejedores de Lancashire en 1818, en la cual los obreros, además de las reivindicaciones corrientes relativas a salarios, pidieron la reforma de la legislación fabril y la ordenación humana del trabajo de las mujeres y de los niños. En el mismo año se produjo la gran huelga de los mineros escoceses, preparada por las organizaciones secretas. De la misma manera, la mayor parte de la industria textil escocesa se halló periódicamente paralizada por la cesación del trabajo. A menudo las huelgas iban acompañadas de incendios, destrucción de la propiedad y desorden público, de manera que el Gobierno tenía con frecuencia que enviar fuerzas militares a los sectores fabriles.

(Continuación.)

"De "Anarcosindicalismo", de Rudolf Rocker.)

S. U. de las I. del P. y A. G. --C. N. T.

Visado por la censura

Y pretender --por amor propio, que ya vamos vien-

Ministerio de Defensa Nacional

PARTE OFICIAL DE GUERRA

Sin novedad digna de mención en los distintos frentes.